

UN CAPÍTULO DEL ENSAYO DEL SIGLO XX EN COLOMBIA: BALDOMERO SANÍN CANO*

Hernando Urriago Benítez**
Universidad del Valle

Recibido: 13/09/2009 Aceptado: 30/10/2009

Resumen: Este artículo proyecta la recepción crítica sobre Baldomero Sanín Cano luego de su muerte. Se detiene en el caso particular de su obra ensayística, como género literario que le permitió problematizar la cultura hispanoamericana del modernismo, lo que lo convierte en un hito clave de la historiografía literaria.

Palabras clave: Baldomero Sanín Cano; Crítica literaria; Ensayo; Modernismo; Literatura del siglo XX.

* Este artículo hace parte de la investigación que el autor adelanta acerca del crítico e historiador literario Baldomero Sanín Cano. Una versión resumida de este artículo fue presentada en el I Coloquio Nacional de Historia de la Literatura Colombiana (Medellín, Universidad de Antioquia, abril 24-26 de 2008).

* * Magíster en Literaturas Colombiana y Latinoamericana. Profesor Asociado a la Escuela de Estudios Literarios de la Universidad del Valle. Contacto: herubenit@hotmail.com.

BALDOMERO SANÍN CANO AND THE COLOMBIAN ESSAY ON 20th CENTURY

Abstract: This article is about the critical reception of Baldomero Sanin Cano after his death. It studies in depth the particular case of his essayistic work, as a literary genre that allowed him to interrogate the Hispanic culture of modernism, which makes him a key of literary historiography.

Key words: Baldomero Sanín Cano; Literary criticism; Essay, “Modernismo”; Twentieth Century Literature

BALDOMERO SANÍN CANO ET LE GENRE DE L’ESSAI AU XXe SIECLE EN COLOMBIE

Résumé : Cet article projette la réception critique concernant Baldomero Sanín Cano après sa mort. Il se focalise sur le cas particulier de son œuvre d’essayiste, en tant que genre littéraire qui a permis de problématiser la culture hispano-américaine du modernisme, ce qui en fait un événement marquant de l’historiographie littéraire.

Mots-clés : Baldomero Sanín Cano ; Critique littéraire; Essai ; « Modernismo » ; Littérature du XXème siècle.

Baldomero Sanín Cano murió en Bogotá, en el atardecer del domingo 12 de mayo de 1957. Un síncope cardíaco había fulminado los noventa y seis años de vida del “patriarca de las letras” colombiano, según escribió *Relator* en páginas interiores de su edición del lunes¹: “Luto en Colombia por la Muerte de Sanín Cano; Hoy fue sepultado”, fue el titular del periódico vespertino caleño, que presenta la foto de adusto perfil autografiada por el ensayista antioqueño y dos imágenes yuxtapuestas de Guillermo León Valencia y Alberto Lleras Camargo, quienes habían pronunciado sendos discursos ante el mausoleo de los periodistas, donde fue dejado Sanín Cano por una masiva peregrinación que había arrancado en la capilla del muy capitalino barrio Las Nieves. El gran titular de la edición de ese día habla, además, de la atmósfera que rodeó dicha circunstancia: “Laureano viene de España y Rojas P. Llega a Ese País”. Como anotó el periódico, Sanín Cano, que había muerto en medio de días convulsos para Colombia, “no cerró sus ojos mientras no vió (sic) alborear de nuevo el sol de la libertad en Colombia”.

1 Véase *Relator*, año XLII (1, 2 y 4), Cali, lunes 13 de mayo de 1957.

Relator dedicó a la memoria de Sanín Cano una nota de cuatro párrafos en sus clásicos “Apuntes del día”. Sin escatimar elogios, los redactores decían que con la muerte del “ilustre patricio” llegaba a su fin una etapa brillante y gloriosa de la literatura en Colombia y en América; periodo en el que podían enmarcarse José Asunción Silva, Guillermo Valencia, Marco Fidel Suárez, Antonio J. Restrepo, Tomás Carrasquilla, José María Vargas Vila, Víctor M. Londoño, Ismael Enrique Arciniegas, Carlos Arturo Torres; José Enrique Rodó, Leopoldo Lugones, Rubén Darío, José Herrera y Reissig, Ventura García Calderón, José Santos Chocano y Amado Nervo.

El “Apunte” destacaba la doble dimensión ensayística y periodística del escritor. Respecto a la primera decía que el ensayo, “una de las formas de expresión literaria más exigentes”, había sido su medio de comunicación con el público; acerca de la segunda afirmaba que el periodismo había sido la ocupación primordial de su vida, dado su enorme “sentido de la oportunidad”. Y terminaba:

Por otra parte fue Sanín Cano un hombre de vida pulcra y austera, defensor irreductible de la democracia y la libertad, adicto al sentido republicano de los pueblos, sabio y tolerante sin el criterio transaccionista de Renán. Murió en su ley como hombre de pensamiento libre y después de haber experimentado, como dijo otro de Remy de Gourmont, “el doloroso placer de comprenderlo todo”.

De otro lado, el número 2.087 de *Cromos*² –correspondiente a la semana del 20 al 26 de mayo– presentó una nota igual de laudatoria y justa, dispersa entre las páginas 15 y 58 de esa edición conmemorativa de los sucesos del 10 de mayo de 1957, cuando Gustavo Rojas Pinilla abandonó la presidencia. “Cultura, humanismo, rectitud...”, reza el pie de la foto que muestra a un Sanín Cano maduro, de boina y corbatín, con un dejo irónico y vivaz. La nota, un poco más larga que la del diario caleño, reparte su información entre los orígenes radicales de Sanín Cano en Rio-negro, su llegada a Bogotá, su periplo político e intelectual, apreciaciones en torno a su último libro, *El Humanismo y el Progreso del hombre*, y la significación del autor en el concierto de la cultura en Colombia, tras de lo cual la revista sentaba una crítica al régimen rojaspinillista:

Sanín Cano es de los escritores que mayormente han contribuido a conformar el carácter de nuestra cultura, la psicología de nuestro pueblo y su vocación por la libertad. Una de las tareas de los escritores colombianos en este momento es, por eso, la de estudiar y asimilar críticamente su herencia cultural. Ello incluye la edición de sus obras completas. Ya que, en los últimos años, hemos gastado millones de pesos en la publicación de la más vacua y vana literatura oficial, ¿no podríamos compensar un poco ese derroche con la divulgación del pensamiento del Maestro, siempre fresco

2 Véase *Cromos*, N°. 2087 (15 y 58), 20-26 de mayo de 1957.

y estimulante, concentrado en lo colombiano aun cuando se refiera a lo extranjero, siempre democrático, siempre humanista?

El pedido de *Cromos* se cumpliría en parte veinte años después, con la selección de *Escritos* publicada por el Instituto Colombiano de Cultura en 1977. Prácticamente hubo dos décadas de olvido. Como anotó Rafael Maya hacia 1961, cuando murió Sanín Cano los periódicos y los críticos fueron elogiosos³ con él, pero después todo fue silencio “en torno de su sepulcro” (Maya, 1961: 19). Con motivo de la celebración del centenario de su nacimiento, Sanín Cano había sido desempolvado, pero, como anotaba Maya, dicha reivindicación provenía de algunos sectores intelectuales y de las “zonas académicas”: “Para el gran público el nombre de Sanín Cano dice muy poca cosa”, lamenta el poeta payanés, quien atribuye este fenómeno al carácter “europeo” y “técnico” de la escritura del ensayista, y al temperamento de éste, “profundamente discreto, enemigo de toda exhibición, frío en apariencia y armado siempre de una fina y casi helada ironía, que formaba en torno suyo una zona de seguridad” (*Ibidem*).

Pero este talante universal, que Maya vio como un factor de distanciamiento entre Sanín Cano y su público, fue saludado positivamente en América Latina y en muchos sectores de la crítica literaria en Colombia. Hacia 1950, por ejemplo, el ensayista cubano Juan Marinello había destacado el carácter americanista universalizante de Sanín Cano, a quien de paso llamó “civilizador ejemplar”, dada su rectitud ética, el saber universal que poseía y cierto nacionalismo con fe en el progreso del país (Marinello, 1976: 102-103). Mucho antes, Pedro Henríquez Ureña había reconocido en él la singularidad de quien se presentaba como “pulverizador de prejuicios” (Henríquez Ureña, 1978: 358-359). De otro lado, todos coincidían en decir que Sanín Cano había sido el primer crítico modernista en Colombia, el gran traductor de algunos de los más grandes escritores de Occidente, y el ensayista mesurado y sagaz que inauguró la tradición de Montaigne en el campo intelectual y cultural de la literatura moderna en Colombia.

Tanto las notas panegíricas como muchos de los comentarios críticos que su muerte obligaría a releer o a escribir, muestran por lo menos cuatro constantes en el pensamiento literario de Sanín Cano: universalidad, crítica a la tradición cultural precedente, renovación crítica de dicha tradición mediante el discurso ensayístico, y el escepticismo constructivo para distanciarse de las verdades entregadas, evaluarlas y ver en el pasado cultural nuevas aristas para el trazado de un porvenir más prometededor en términos humanos, intelectuales, artísticos y literarios.

Por otro lado, su literatura de ideas, que abarca cerca de ochenta años, reinventa al género ensayístico en Colombia, pues se da a la tarea inédita de auscultar nuevos

3 En este tono panegírico y bastante acrítico escribió Rafael Posada Franco su homenaje a Sanín Cano en 1958. Cfr. Posada Franco, 1958: 5-32.

sentidos alrededor de temas y problemas como la lectura, la literatura y la crítica literaria; la civilización occidental, el progreso y el humanismo; la nacionalidad, el hispanismo y el universalismo crítico. Sanín Cano habló de Colombia como “una república fósil”; revisó la falsa noción de literatura nacional; se pronunció enfáticamente sobre el problema de la tradición hispánica, y enarboló una defensa del libreamericanismo. En muchos aspectos, su discurso ensayístico fundó un universalismo crítico sustentado en la deconstrucción axiológica de la cultura⁴ y también en las características que otorgan especificidad literaria al género.

1. La crítica literaria y la problematización axiológica de la cultura

En efecto, una de las problematizaciones axiológicas de la cultura planteada por el discurso ensayístico de Sanín Cano tiene asiento en la condición de intelectual modernista de nuestro pensador literario. Decimos “modernista” como adjetivo aplicable sólo a su condición de crítico que expresa juicios sobre arte, literatura y vida cotidiana en un primer contexto que es el del Modernismo hispanoamericano, entre 1890 y 1926.

A finales del siglo XIX y en los albores del siglo XX se produjo una configuración del discurso literario caracterizado por el rechazo a la visión de mundo burguesa y por el consecuente repliegue del escritor en su “Torre de marfil”, metáfora sustentada en la concepción europea del “Arte por el Arte” contra el arte al servicio de la sociedad y la política. El auge del capitalismo y el fortalecimiento de aquella burguesía hicieron que en un principio el escritor modernista personalizara el arte “al extremo”, como dice Saúl Yurkievich: “Libertino y libertario, aristocrático y acrático, el artista o el escritor, recluso en su interior, realzando su singularidad, recalando lo excepcional, se convierte en individuo absoluto” (Yurkievich, 1996: 18). Esta individualidad genera excentricidades y extravagancias cercanas al dandismo y a la bohemia, actitudes exigidas por la condición de *outsider* que en gran medida fue la toma de posición del escritor modernista frente al campo del poder.

El escritor modernista vivió esta vorágine cultural animada por la industrialización, que impuso un ritmo vertiginoso en cada uno de los quehaceres de la vida. Pero todo fue violento en América Latina: el flujo informativo, la expansión de las

4 Hemos construido el concepto de “problematización axiológica” con base en la propuesta teórica de José Luis Gómez-Martínez, en el sentido de que las reflexiones codificadas en el discurso ensayístico “se generan en la confrontación de dos sistemas, a la vez antagonicos y dependientes entre sí: el discurso axiológico del estar (valores que dominan y diferencian a la vez una época de otra), y el discurso axiológico del ser (la conciencia del autor de su historicidad, de estar viviendo ante un horizonte de posibilidades e imposibilidades que modelan su libertad)” (Gómez-Martínez, 1992: 36). El ensayo surge de la dialéctica entre aquellos sistemas; por ello su discurso siempre es problematizador, “deconstruccionista”.

ciudades, la diversidad de clases sociales, la manía importadora de la burguesía –que constituyó, a razón de Claudio Véliz, una pausa liberal latinoamericana (Rotker, 1992: 31)– y el espíritu de imitación de lo europeo. Todo parecía, igualmente, ser aliado de la nueva vida cultural e intelectual de aquellas ciudades que como Ciudad de México, La Habana, San Juan y Buenos Aires se contagiaron del espíritu de Modernidad, que en la mayoría de los escritores modernistas fue sinónimo de “malestar” (Ibíd., 32).

Y es que el enfrentamiento entre lo nuevo y lo viejo, la tradición y la innovación, lo conservador y lo liberal, lo regionalista y lo cosmopolita, las formas clásicas del arte y la industrialización de la cultura como discursos heterogéneos, hizo, además, que el escritor modernista sospechase cierta insularidad en medio de las masas urbanas y la burguesía sedienta de gran capital. “Se trataba de la élite intelectual, élite que se experimentaba marginada, desclasada dentro del reajuste de las relaciones sociales” (Ibíd., 36).

Estas y otras contradicciones dieron pie al *período de modernización* (Rama, 1985) de la literatura, el arte y la vida social en América Latina entre 1870 y 1910. ¿Qué características lo definen? La conquista de la especialización literaria, antecala de la profesionalización artística y escritural; la aparición de un público culto formado por la creciente escolaridad y la expansión urbana; las influencias extranjeras, europeas y norteamericanas, que sirvieron de modelo y de estímulo para un diálogo con el mercado del arte y la literatura internacionales; la distancia artística autónoma de la estética latinoamericana respecto a los “progenitores históricos” –España y Portugal–, “la que condujo sin embargo, como ya observara De Onís, a una revitalizada tradición hispánica”; la democratización de las formas artísticas desde la manifestación lingüística del español hablado en América y la invención de formas modernizadas; y

un reconocimiento, mejor informado y más real que antes, de la singularidad americana, de sus problemas y conflictos, de las plurales áreas culturales del continente, dentro de una percepción más ética que sociológica que siguió los lineamientos de la filosofía de entonces, el positivismo (Spencer o Comte) al pragmatismo y el bergsonismo (Rama, 1985: 82-83).

Dentro de aquel talante profesionalizador está el periodismo que, según anotábamos con Henríquez Ureña (1994), sirvió de abrevadero para el escritor modernista, al tiempo que funcionó como enlace con el nuevo público, ávido de leer las novedades editoriales que por entonces empezaban a circular desde México y Buenos Aires para América Latina. En la “prensa culta”, representada por *El Imparcial* de México, *La Habana Elegante* de Cuba y *La Nación* de Buenos Aires –periódico liberal fundado en 1870 por la familia Mitre en el que colaboraron, entre otros, Martí y Darío, y del que Sanín Cano fue corresponsal en Londres desde 1918–, así como en algunos periódicos emergentes, los escritores “hicieron el aprendizaje

de las demandas del público, ya espontáneamente ya obligados por los directores, adquiriendo un entrenamiento profesional que sus antecesores desconocieron e hicieron la primera adecuación sistemática conocida en América del escritor y sus lectores permanentes, la que no siempre fue aceptada sin protestas” (Ibíd., 84). Los escritores y sus lectores miraban así más allá de América y degustaban de las obras y del *sensorim* cosmopolita de entonces.

De igual manera, la conexión entre esta voluntad periodística-literaria y la voluntad lingüística renovadora de la lengua literaria en relación con el habla urbana, produjo una “mutua permeabilidad” y una diseminación de las fronteras entre los géneros literarios, lo cual hizo que se hablara de crónica literaria y que el discurso ensayístico tuviese su gran punto de ebullición en las notas o reseñas críticas, en los comentarios literarios y en los ensayos de interpretación de la realidad americana y mundial.

Ahora bien: la visión que tiene Sanín Cano en relación con la problemática de la nacionalidad colombiana, del hispanismo y de la universalidad, tomó forma durante esta época. A riesgo de caer en el reduccionismo de la periodización historiográfica, diremos que Sanín Cano se ubica como ensayista en la transición entre la primera y la segunda etapa de la vida del género en Hispanoamérica: primero, la que va de 1880 a 1920, y, segundo, la que inicia en éste año y culmina, tal vez, con los trabajos de Octavio Paz, *El laberinto de la soledad* (1950) y del argentino H. A. Murena, *El pecado original de América* (1954). Peter Earle, en su texto “El ensayo hispanoamericano, del modernismo a la modernidad”, ha llamado a la primera, etapa “simbolista” y a la segunda, etapa de “vanguardia”, y entre ambas podemos ubicar la intemporalidad ensayística de Sanín Cano.

En síntesis, mientras que en su etapa simbolista el ensayo se mueve entre la defensa de la Poesía, la historia y el significado del Nuevo Mundo y la adhesión-reacción al positivismo, en su etapa de vanguardia será ejercicio de “epistemología”, de escepticismo, de ironía y de paradojas, herencias literarias provenientes de la heterogeneidad del Modernismo:

La riqueza del Modernismo es evidente en su calidad de transición: asimila las fuerzas naturales del Romanticismo y la luminosidad y la pulcritud sincrética del Simbolismo; y la confrontación entre la idealidad estética de Darío, Rodó y Díaz Rodríguez y el mundo cotidiano conduce a la visión irónica no sólo de la Vanguardia de los años veinte, sino del ensayo en nuestro siglo (Earle, 1982: 47-48).

La epistemología, como rasgo dominante del ensayo en esta segunda etapa, se une a uno de los tres motivos del supuesto “ensayo modernista”: *La misión cultural* o el ideal histórico (Ibíd., 50). En este sentido habría que hablar de la “tarea ideológica” del género frente a la historia hispanoamericana: América Latina como un continente por hacer en medio de un mundo que estaba por comprender, por actualizar, y a la

espera de su puesta en circulación por los países de “Nuestra América”. También se dice que con el advenimiento de la Modernidad, en los años veinte, el ensayista asume el “relativismo pesimista” propio de los nuevos escritores (Ibíd., 58).

Baldomero Sanín Cano llega de Medellín a Bogotá en 1885, conoce seis meses después a Silva, e ingresa al mundillo de los diarios capitalinos que en mucho sentido tenían gran desventaja respecto a los periódicos continentales que acogieron a los modernistas. Además, a diferencia de lo que ocurrió en la mayoría de las naciones latinoamericanas, en Colombia la prensa cumplió un papel más bien marginal en la transformación de la relación entre el periodismo escrito y sus lectores.

En realidad, si repasamos la historia del periodismo en América Latina durante el período indicado, sabremos que ni *La Consigna* ni *El Espectador*, de Fidel Cano, ni *El Mercurio*, de Enrique Olaya Herrera, figuran como medios disponibles para los modernistas en su tránsito hacia la divulgación y la crítica de la cultura⁵. Basta con recordar las referencias del mismo Sanín Cano para entender cómo en una cultura y en una sociedad hiper-vigiladas por el moralismo y el dogma católico, el disenso a través de la prensa era casi imposible. Aún así, desde sus orígenes, el discurso ensayístico de Sanín Cano tendrá la misión de divulgar el estado de la cultura, de la literatura y de fragmentos de la realidad social y política de su tiempo en periódicos y revistas de Colombia, de Hispanoamérica y de Europa. En 1903, para hablar del caso colombiano, lo vemos publicando en *El Relator* su nota sobre Hipólito Taine, y un año más tarde une sus esfuerzos junto a los de Max Grillo para crear la *Revista Contemporánea*. Aparte de esto ha estimulado el diálogo modernista entre Hispanoamérica y España publicando en la *Revista Nueva* de Madrid. Y también colabora en *La Nación*, el periódico de Núñez, en el que firma sus artículos desde la trinchera simbólica del seudónimo.

En un contexto dominado por el costumbrismo, por la tertulia de *El Mosaico* —que aun así fue importante dentro del campo cultural, intelectual y literario de nuestro siglo XIX— y por el tono monocorde de los versos de Pombo y de la prosa de Marroquín, la misión cultural de Sanín Cano cobra un valor considerable, vista en su momento y en la actualidad. Al repasar su contexto comprendemos aún más por qué nuestro crítico encontró en Silva y luego en Valencia a los dos únicos interlocutores realmente válidos en medio de un ambiente sombrío y anacrónico.

5 A pesar de esta omisión, Santos Calderón dice, a propósito de los tiempos de la Regeneración: “En este mismo período fueron suspendidos, además de *El Espectador*, más de una docena de periódicos liberales (*El Relator*, *El Demócrata*, *El Autonomista*, *El Debate*, *El Derecho*, entre otros) y fueron desterrados o encarcelados intelectuales y periodistas destacados como José María Vargas Vila, Rafael Uribe Uribe, los expresidentes Santos Acosta y Santiago Pérez, el <<Indio>> Uribe y el propio Fidel Cano” (Santos Calderón, 110-111). De ahí que *La Sanción*, periódico efímero fundado y dirigido por Sanín Cano en 1888, fuese tan significativo en el nombre y en la acción, dado que fue en sus páginas que el ensayista publicó la crítica a la poesía de Rafael Núñez, bajo seudónimo obviamente.

Sí, con Silva y con Valencia, ambos modernistas y poetas de gran influjo en la historia de la poesía en Colombia a lo largo del siglo XX. Vale preguntar y responder con Rafael Maya: “¿En qué sentido, pues, se realizó el magisterio de Sanín Cano sobre el grupo modernista de Colombia” (Maya, 1961: 29). Hemos visto que dos de los puntos de diálogo fueron la crítica literaria de carácter periodístico y las traducciones de poetas y novelistas que apenas empezaban a publicar en Europa o ya eran clásicos pero desconocidos en Colombia y en gran parte de Hispanoamérica. Pero hasta ahora hemos aplazado el momento para decir que Sanín Cano, tras la lectura de sus poetas, novelistas y filósofos, configuró su dimensión literaria como un hombre de ideas que transformó y divulgó no sólo dentro del radio modernista sino también para todas las generaciones de escritores y lectores del siglo XX. Por eso en 1949, cuando publica el volumen *Ensayos*, Guillermo Valencia intentará hacer justicia respecto a las acusaciones de “misoneísmo irreverente” y de ser un “aclimatador de novedades” que ha recibido Sanín Cano, para destacar la condición de *crítico internacional* de su amigo: “A diferencia de la mayor parte de nuestros críticos, que sólo por incidencia han espigado en mies extraña, nuestro máximo crítico ha sido durante medio siglo la antena receptora del pensamiento y el arte universales accesibles así a nosotros en profundidad y extensión y en la vasta complejidad de sus formas de aparente y recóndita finalidad” (Valencia, 1942: vii).

Pero no todo fue interés por la literatura en Sanín Cano. Otras de sus preocupaciones fueron, como para la mayoría de intelectuales de su tiempo, asuntos relacionados con el nacionalismo, la nacionalidad o lo nacional, con el hispanismo o la tradición hispánica, y con el cosmopolitismo o la universalidad. En muchos de sus ensayos, Sanín Cano deja entrever una preocupación por la condición nacional colombiana en forma de crítica a los procedimientos políticos y culturales que han imposibilitado la formación de una sociedad tolerante y “cultura”, en el sentido más clásico del término, pero también en su significación antropológica y sociológica.

La problematización o deconstrucción también tiene lugar en el espacio del pensamiento y de la crítica literaria. Al recuperar a Nietzsche, a Taine, a Brandes y a Fitzmaurice-Kelly, Sanín Cano renuncia con prudencia a la tradición hispanista representada en Valera y Menéndez y Pelayo, a quien vemos deconstruido como el mismo ensayista colombiano hizo en su momento con Rafael Núñez y con Miguel Antonio Caro desde las páginas de *La Sanción* y de la *Revista Contemporánea*. Así mismo, con su atención en Montaigne, Shakespeare, Dostoievsky, Isherwood (considerado espúreo e ilegible por su homosexualidad), Shaw, O’Neill, Connolly, Huxley o Evelyn Waugh (quien en *Vuelta a Brideshead*, de 1945, despedía a la sociedad aristócrata inglesa decadente), entre otros, desplaza el influjo de la novelística de Galdós y Pardo Bazán, que hicieron las delicias de los autores de *El Mosaico* y de la Gruta Simbólica. Pero, aun así, Sanín Cano valoró en *Letras colombianas* y en

otros textos, las ficciones de Isaacs, Díaz, Carrasquilla, José Manuel Rivas Groot, así como de otros escritores que luego la historia y la crítica literarias en Colombia se encargarían de ocultar. Pasó lo mismo con los poetas Silva, Valencia, López, Barba Jacob y Eduardo Castillo, a quienes igualmente evaluó con prudencia, es decir, sin las pasiones propias del ninguneador o del envidioso profesional.

Hay que destacar igualmente la conciencia que Sanín Cano demuestra de su oficio ensayístico en tanto que crítico de la cultura. Cuando en “Ibsen, o el carácter” nos habla de una de las cualidades del dramaturgo británico, también nos refiere lo que piensa en relación con la especificidad del ensayista y su discurso:

La otra cualidad fundamental de su espíritu... es el valor de pensar por cuenta propia y de expresar su pensamiento con toda libertad, sin temor al desprestigio entre sus lectores (consideración que paraliza la voluntad y el entendimiento en muchas personas), ni a la agresiva necedad de los gobiernos (Ibíd, 235).

De ahí que en su problematización de la cultura, el ensayista haya depuesto el “temor” ancestral al disenso para proponer un nuevo sentido crítico acerca de los códigos y las realidades extrasemióticas heredadas durante toda la vida de la cultura moderna. En relación con su tradición literaria, Sanín Cano dialoga con el hispanismo defendido a ultranza por Valera y Menéndez y Pelayo –a quienes conoce bien–, superándolos desde los préstamos literarios que hace de críticos “exóticos” como Hipólito Taine, James Fitzmaurice-Kelly y George Brandes. En “De cómo se modifican las lenguas”, contenido en *Divagaciones filológicas...*, a la vez que hace un balance del castellano hablado en América, critica la “pobreza vocabular” de los gramáticos y exalta la renovación de la literatura española en América ocurrida a finales del siglo XIX. Entonces, confirma lo que hartamente sabemos hoy, después de muchos estudios literarios: el castellano adquirió personalidad en nuestro continente gracias al impulso creativo de los poetas y prosistas del Modernismo, que innovaron su tradición desde la lectura de otras tradiciones, especialmente de la francesa fundada por Rimbaud, Baudelaire y Verleine. Así lo confirma Sanín Cano: “Los escritores empezaron a perderle el miedo al galicismo; se desentendieron *un tanto* del diccionario de la Real Academia y se *atreveron a usar palabras* tomadas del francés, del italiano y del inglés, y a conformándolas, no a la manera en que se usaban en otras lenguas, sino *adaptándolas a la índole de la nuestra*” (Sanín Cano, 1977: 331) [Los subrayados son nuestros].

2. Conclusión

En 1930, Baldomero Sanín Cano dio a conocer en un corto ensayo-memoria el que podríamos denominar su Credo ensayístico, descifrado –a nuestro criterio– como un ejercicio personal muy a la manera del juicio y del tono que conserva otro

ensayo fundamental para la tradición del género en la historia de la literatura: “De Demócrito y Heráclito”, de Michel de Montaigne.

El ensayo de Sanín Cano se llama, sugestiva y subjetivamente, “Mi filosofía”, y apareció, según nota de escoliasta, en *Introducción a la historia de la cultura en Colombia*, de Luis López de Mesa. Esta poética ensayística ocupa una página de *Escritos* (Ibíd., 695), pero la sustancialidad que tiene es tan honda que vale la pena citarla casi por entero.

En primer lugar, el ensayista confiesa su escepticismo: “Todas las filosofías me parecen plausibles del punto de vista de sus autores. Ninguna ha influido en mi espíritu con exclusión de otras”. Recuerda haber dialogado con Renan, en quien encontró el sentido de la tolerancia; con Amiel, quien le explicó un poco aquello del objeto de la existencia; y con Nietzsche, por su educación de la voluntad. Aprendió, en general, a querer la belleza en el doble sentido ético y estético, es decir, holístico, y a reñir con la fealdad, que a su vez lucha y desvirtúa todo principio moral.

Enseguida refuerza su posición dialógica: “En ningún sistema filosófico he podido hallar satisfactoria explicación de dos enigmas torturantes que rodean la existencia: el absurdo de la muerte y el predominio de la injusticia en las relaciones de hombre a hombre y de pueblo a pueblo”. Para él, la civilización occidental ha oscilado entre la renunciación y la voluntad de poder; hay que optar por una de estas dos paralelas.

Finalmente, asume la posición nietzscheana que habla del Superhombre. Pero no de un Superhombre envanecido con la voluntad de poder, sino como portador de “la suprema inteligencia”. Para Sanín Cano, pues, hay que elegir ésta facultad que distingue a la condición humana, no de otras especies sino de ella misma después de haber vivido en las peores condiciones históricas, sociales y culturales. Desafortunadamente, la condición humana –parece decirnos– se resiste a aprender: la Guerra Mundial ha debido ser una enseñanza, y resulta que hizo “más resistente la obcecación”.

Aunque no pretendemos elaborar una lectura de ensayística comparativa –que puede ser un reto en los estudios aplicados en el ensayo y la teoría del género–, sí queremos trazar una línea de continuidad entre el texto de Montaigne y el de Sanín Cano, sobre todo porque si revisamos el planteamiento, concluiremos que ambos escritos pertenecen a dos sujetos motivados por un pensamiento escéptico que reconoce en el juicio crítico un límite para el escepticismo. Además, sabremos que los dos ensayistas hablan desde condiciones históricas, sociales y culturales diferentes pero unidas por un lazo común: la circunstancia crítica del mundo. Al respecto sobra decir que Montaigne escribe en una época donde las verdades entregadas han perdido su valor, y en un tiempo en el que el hombre –con todos sus dramas y todas sus contradicciones– vuelve a ser el centro del mundo. Este fue el origen de la Modernidad. Cuando Sanín Cano escribe, la civilización occidental, trescientos cincuenta años después (1580-1930), ha logrado superar muchas de sus falencias, pero también ha

terminado varada –en parte por culpa del abuso de la razón instrumental– en un lago estanco del que le será muy difícil salir, dada la obcecación de quienes se empeñan en ahogarla aun a costa de los intereses de la condición humana.

Es pertinente recordar que el ensayo como género nació en medio de unas condiciones que hicieron posible tanto su aparición como su constante imitación, lo que permite hablar de la tradición de Montaigne. El ensayo tiene, desde luego, algunas formas precursoras (el diálogo socrático y la carta abierta son dos de las más importantes), pero fue en el Renacimiento cuando encontró las condiciones antropológicas, culturales, sociales e ideológicas adecuadas para expresarse como género crítico en tiempos de crisis.

En este sentido, Baldomero Sanín Cano surgió en la historia intelectual de Colombia dentro de unas condiciones generales marcadas por regímenes políticos hegemónicos, guerras civiles interminables, contradicciones ideológicas de difícil superación, aislacionismos culturales y literarios, y por gobiernos que determinaron casi por completo el curso de las relaciones entre los intelectuales y el campo del poder. Tuvimos, en consecuencia, intelectuales partidarios que ejecutaron incluso ensayos e intelectuales y artistas disidentes que terminaron o muertos prematuramente (Luis Tejada, Ricardo Rendón), o silenciados o simplemente esgrimiendo un nuevo discurso radical (Vidales en *La obreríada* o Barba Jacob con su dura bohemia internacional). Y todo esto, amén de las intervenciones de la Iglesia a favor de la moralidad de la República, de la gramática en yunta con el poder, y de La Violencia como forma de anulación de la alteridad, todo, repetimos, durante casi ochenta años. De ahí el énfasis que hacemos en la reconstrucción axiológica de la cultura desde la crítica literaria contextualizada dentro de un entorno social, político y cultural.

Porque Sanín Cano fue testigo excepcional de su tiempo. Vivió el ambiente regeneracionista en Bogotá, donde conoció a intelectuales de avanzada como Antonio J. Restrepo y José Asunción Silva, a quien vio morir en 1896. Parece que desde siempre estuvo destinado a cumplir con su tarea hermenéutica en nuestro contexto, pues dialogó de tú a tú con la vanguardia cultural que apenas sí rozaba los cerros santafereños, y aprendió a traducir el mundo gracias a su “don de lenguas”. Hincó prudentemente su pica sobre los monolitos de entonces (Núñez, la hispanofilia, el provincianismo de espíritu, etcétera), viajó por Europa en busca de su expresión, y regresó a Hispanoamérica para enseñar a entender mejor el Modernismo.

Llevado por su avidéz literaria conoció y dio a conocer a los poetas y narradores de su contemporaneidad, Huxley, Isherwood y Connolly, entre ellos; pero también supo apreciar a los críticos que como Taine, Firzmaurice-Kelly y Brandes (hoy olvidados) le enseñaron a cambiar de orientación crítica frente a la literatura y el mundo.

Sin embargo, miró también a Hispanoamérica y Colombia, situó a Darío, a Silva y a Valencia en su actitud analógica modernista; comentó críticamente a Cordovez Moure, a Eugenio Díaz, a Luis Carlos López, al “Indio” Uribe, a Tomás

Carrasquilla y a Armando Solano; y se interesó por Azorín, Lugones y Mariátegui, sin despreciar ocasión para referirse a Montaigne, a Cervantes, a Shakespeare, a Ibsen y a Nietzsche. Todos le condujeron a la comprensión y a la explicación de la literatura, la crítica literaria y las condiciones histórico-sociales de su tiempo; y a la comprensión y la explicación de algo más hondo: la condición humana, el máximo botín de todo ensayista.

Bibliografía

- Earle, Peter G., 1982, "El ensayo hispanoamericano, del modernismo a la modernidad". *Revista Iberoamericana*, No 118-119, pp. 46-57.
- Gómez-Martínez, José Luis, 1992, *Teoría del ensayo*, México: UNAM.
- Henríquez Ureña, Pedro, 1994, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Jiménez Panesso, David, 1992, *Historia de la crítica literaria en Colombia*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia-Colcultura.
- Maya, Rafael, 1961, *Baldomero Sanín Cano*, Medellín: Academia Antioqueña de Historia.
- Posada Franco, Rafael, 1958, "El pensamiento de Baldomero Sanín Cano", *Baldomero Sanín Cano y otros ensayos*, Palmira: Posada, pp. 5-32.
- Rama, Ángel, 1985, *La crítica de la cultura en América Latina*, Caracas: Ayacucho.
- Rotker, Susana 1992, *Fundación de una escritura: las crónicas de José Martí*, La Habana: Casa de las Américas.
- Sanín Cano, Baldomero, 1977, *Escritos*, Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- Valencia, Guillermo, 1942, "Notículas", en: Sanín Cano, Baldomero, *Ensayos*, Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, pp. xii-xiii.
- Yurkievich, Saúl, 1996, *La movediza modernidad*, Madrid: Taurus.
- Weinberg, Liliana, 2001, *El ensayo, entre el paraíso y el infierno*, México: UNAM-Fondo de Cultura Económica.

